

# Poesía Visual: Nandino por Montenegro

Iván Acebo Choy

LEER POESÍA ES COMO MIRAR UN RETRATO; exige atención visual, poder sensorial suficiente para desentrañar los misterios del retratado. Al contrario que los desnudos, el retrato devela más de quién retrata, elabora sobre la personalidad del retratado; en este sentido, quienes vemos permanecemos siempre frente al retrato como se permanece ante las metáforas y las imágenes, aludidos, trastocados por la forma.

Los retratos que realizara Roberto Montenegro (1885-1968) del poeta jalisciense Elías Nandino (1900-1993) atestiguan su personal entendimiento de una época y una personalidad. Ellos existen como artificios capaces de develar sentimientos y códigos específicos que, tal como lo realizara Nandino, actúan sobre niveles de significación concretos. Al respecto, podemos echar mano de la crítica de arte de Baudelaire (*Écrits sur l'art*, 2008), figura monumental del arte moderno occidental quien espeta que el retrato “este género, de aparente modestia, necesita de una inmensa inteligencia”. Un buen retrato, de acuerdo a Baudelaire, se caracteriza por mostrar los esfuerzos del artista al hacer visible e invisible todo lo referente al retratado. Todos los elementos del retrato (el gesto, los colores, la vestimenta, la luz, etc.) coadyuvan a representar globalmente el ser (*l'âme*) del retratado. Y sobre todo, y muy curiosamente, Baudelaire reclama *l'introduction de la poésie dans toutes les fonctions de l'art*.

Montenegro pintó dos retratos de Elías Nandino, uno en 1926 y otro en 1950. El primero, que pertenece a la Colección del Pueblo de Jalisco, adorna la portada de la nueva antología poética del poeta de Cocula. Siguiendo la misma línea de los retratos modernos de principios del siglo veinte en México, Montenegro percibe a Nandino en actitud seria, apostado en multitud de formas geométricas

como si ellas fueran el eco de las estructuras poéticas que el poeta utiliza en sus sonetos. El cuerpo de Nandino es piramidal, función básica y sólida relacionada con la filosofía del arte renacentista tan visitada por Leonardo Da Vinci y sus contemporáneos. Pero el retrato es también urbano, *mexicano* en sentido *anti-muralista*, cuya ideología castigaba las incursiones artísticas en terrenos vacíos de nacionalismo. Nandino es un hombre de letras, un *dandy*, con todas las implicaciones sociales y sexuales que conlleva. Sus manos, herramientas principales de un cuerpo vigilado, son enormes, dueñas de una vida propia y sometidas a ser el vehículo de una poesía reveladora:

*Apresado en mi ser, pero volando  
bajo mi cuerpo, donde nunca estoy,  
porque vivo esperando en la mirada.*

Esa mirada es la misma que lanzan Novo y Villaurrutia, la misma que desbaratan los abyectos en la ciudad de México como si fueran mensajes embotellados. Roberto Montenegro percibió el espíritu tenaz y rígido del poeta, y lo plasmó en figuras simétricas, en un gesto a media luz, entre sonrisa y frialdad, que Nandino aborda en sus versos.

El segundo retrato de Nandino, pintado en 1950, es menos rígido y más amplio en su riqueza espiritual. De la colección del Instituto Nacional de Bellas Artes, el retrato logra capturar la reflexión principal de la poesía de Nandino hacia los últimos años de su vida. Montenegro desembarazó al poeta de las vestiduras formales, de los colores serios y distantes, del gesto inquisidor y casi acusativo; Nandino es un hombre dueño de su propio candor, de la interrogación de su querer amar, de su querer ser.

El retrato es innegablemente más íntimo. Montenegro piensa, quizá, en los versos que buscan en los cuerpos un elemento detonador de felicidad: el rostro de Nandino es gozoso, y viene de ponerse (o quitarse) la camisa dejando a nuestra imaginación parte de su pecho desnudo, la permanencia de un cuerpo consciente de su sexo.

Hay que reparar, también, en la preponderancia del rostro de Nandino en este cuadro. En comparación con el de 1926, Montenegro nos presenta la cara como si ésta fuera un mapa, una serie de claves a seguir para descubrir en ella el ser (*l'âme*) del retratado. Roberto Montenegro es testigo de historias, de vidas y cacerías que tal vez nunca sepamos, pero que alude de manera efectiva en el acto de acercarse con lupa imaginaria al poeta como si las cejas quebradas, los labios coquetos y la mirada evadida relataran cosas que buscamos conocer. Para eso sirven los retratos, para contar cosas mediante la representación de minucias y ambientes, como si ellas fueran las metáforas y las imágenes de un poema bien hecho.

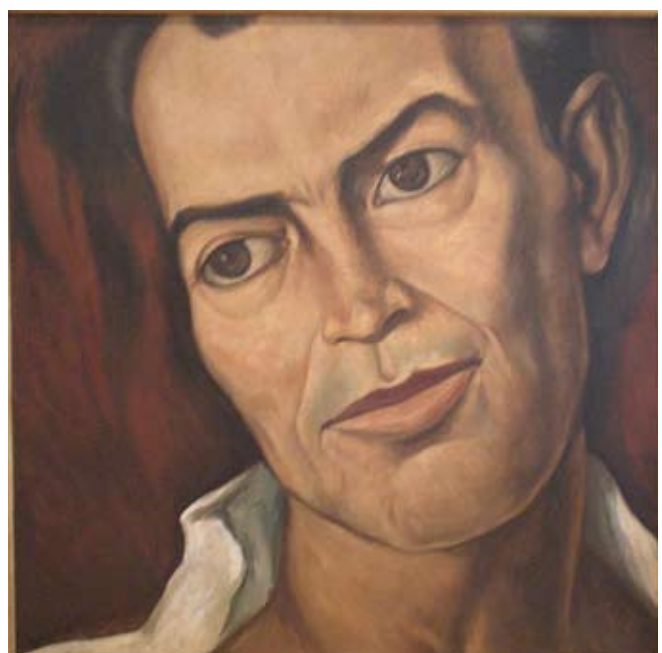
El retrato de 1950 bien puede ser, por sí mismo, un alburema sacado de *Erotismo al Rojo Blanco* (1983) mientras que el de 1926 es un reflejo de uno de los sonetos que componen *Triángulo de Silencios* (1953). En su estructura, en los ambientes que evocan, en las historias que cuentan, en el hombre que presentan, los retratos incluyen la poesía que Nandino mismo producía.

Baudelaire, pues, puede descansar en paz. •

IVAN ACEBO CHOY es graduado en Artes por el Wabash College.  
Correo electrónico: acebochi@wabash.edu



Elías Nandino, por Roberto Montenegro, 1926



Elías Nandino, por Roberto Montenegro, 1950